

DRAMAS Y **LIKES** EN EL INSTITUTO



SECRETOS

Gemma Pasqual i Escrivà

algar



SOLO AMARANTA. YO

A ver, ¿por dónde empiezo? Quizá por mi nombre. Todo el mundo, absolutamente todo el mundo, cree que me llamo Amaranta por la novela *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Todo el mundo, menos mis padres, claro, que son los responsables de este malentendido literario. Cuando alguien me dice: «Ah, Amaranta, ¡como el personaje de García Márquez!», no sé qué es más agotador, si explicarles que no o ver cómo se quedan en blanco cuando les digo la verdad.

Mi nombre me lo puso mi abuelo, el padre de mi madre, un hombre de carácter fuerte, o al menos eso cuentan. La historia es simple: cuando mi madre estaba embarazada de mí, todo el mundo daba por hecho que sería un niño y me llamaría como él, Rogelio. Pero, cuando se supo que era una niña, no tenían un plan B. Ahí es donde mi abuelo decidió que eso no sería un problema. «Se llamará Amaranta», decretó, como un rey eligiendo el nombre de su heredera. «Es un nombre bonito. Y una chica necesita un nombre bonito».

Así de simple.

Pero también había otra razón. A mi abuelo le gustaba la flor de amaranto, símbolo de inmortalidad y resistencia en



muchas culturas. Jamás había leído a García Márquez. Para él, Amaranta evocaba esas cualidades y no guardaba ninguna relación con la obra del escritor colombiano. Y, dicho y hecho, me llamaron Amaranta.

Así empezó mi historia: con un nombre con raíces literarias y una familia que parece sacada de un guion de ficción. Pero la verdad es que la vida no es como en las series de Netflix. O eso, o alguien decidió improvisar en mi historia. Porque, sinceramente, si mi vida fuera una serie, creo que sería una comedia llena de enredos familiares, pequeños dramas adolescentes y escenas en las que la protagonista (o sea, yo) hace el ridículo delante de todo el mundo. La diferencia es que en las series siempre hay una banda sonora *cool* de fondo, y en mi vida lo único que escucho son los gritos de mi hermano pequeño, Gelito. Sí, se llama Rogelio, como mi abuelo –Gelito es el diminutivo de Rogelito–, y es, básicamente, un terremoto con piernas. Seis años de pura energía inagotable, con la capacidad destructiva de un ciclón y la necesidad constante de ponerlo todo patas arriba. Una vez decidió comprobar si mi móvil era resistente al agua. *Spoiler*: no lo era. Acabó en el váter y yo en el suelo, llorando, mientras él me miraba con cara de angelito.

Gelito tiene una afición peculiar: hacer preguntas absurdas. El otro día me dejó en *shock* cuando me preguntó si los pájaros hacen pipí. Evidentemente, tuve que buscarlo en Google porque no tenía ni idea. Y descubrí que no, que los pájaros no hacen pipí como nosotros, lo expulsan todo junto... Pero eso no se lo expliqué, porque



no quería que intentara hacer experimentos con las palomas del parque.

Además, tiene otro talento: ensuciar todo lo que toca. Es como si contara con un poder secreto para convertir todo lo que toca en un desastre en cuestión de segundos. Pero, por algún motivo que todavía no termino de entender, lo quiero. Tal vez porque, debajo de ese tornado, hay un pequeño Gelito que solo busca atención. O quizá porque el amor fraternal no tiene lógica. Y eso es así.

También están mis padres. Y, sinceramente, no sé cómo lo hacen. Mi madre es auxiliar de enfermería y mi padre es taxista. Entre turnos, guardias y mil cosas más, parece que nunca están quietos. Cuando mi padre tiene turno de noche, mi madre está de guardia. Cuando mi madre llega, mi padre ya está calentando motores para salir. Es como si fueran los protagonistas de una compleja coreografía que solo ellos entienden.

Los admiro. Hacen todo lo que pueden y más. Pero, claro, en este pequeño caos organizado, a veces me toca echar una mano. Sobre todo con Gelito. Ser niñera a jornada completa mientras intento sobrevivir a la adolescencia tiene su mérito.

Mi madre es una mujer práctica. Si algo se rompe en casa, ni te molestes en buscar un técnico, porque ella tendrá el destornillador en la mano antes de que puedas decir «avería». Es como un faro en medio de la tormenta: resolutiva, decidida y, por qué no decirlo, un poco mandona. Pero no puedes llevarle la contraria, porque Hiro Hamada, de *Big Hero 6*, siempre tiene razón.



Mi padre, en cambio, es de los que siempre tienen prisa, pero nunca pierden la sonrisa. Gracias al taxi, conoce la ciudad entera y, si le preguntas dónde está cualquier sitio, te lo indicará con más precisión que Google Maps. Pero, eso sí, cuando llega a casa, el taxi se queda fuera y entra el chef estrella. En serio, es increíble. Sus platos parecen sacados de un restaurante de lujo, con presentación incluida. Si hubiera un *MasterChef* familiar, ganaría por unanimidad.

Los dos forman una pareja curiosa. Y, por muy desordenado que parezca todo, siempre logran que funcione.

En cuanto a mí, no soy la chica popular del instituto, ni la estudiante más brillante, ni la más deportista. Soy la que intenta pasar desapercibida y, con un poco de suerte, llegar al final del curso sin demasiados dramas. ¿Por qué? Porque tengo una regla de oro: cuanto menos sepan de ti, mejor.

Juan es mi mejor amigo, el que me hace reír incluso cuando parece que el mundo se acaba. Es el tipo de amigo que te lleva la mochila cuando decides cargar con media biblioteca y, al mismo tiempo, te lo echa en cara como si fuera un sacrificio heroico.

«¡Amaranta, esto pesa más que yo!», me dice siempre, como si él no estuviera hecho un fideo. Ah, y siempre lleva una cámara colgada al cuello. Ha descubierto que la cámara es el mejor escudo para mantener una distancia segura con el mundo. Juan es como uno de esos libros que te enganchan desde la primera página: lleno de capítulos interesantes, con algunos momentos que te hacen reír hasta que te duele la tripa, otros que te llevan a reflexionar



y situaciones que hacen que te preguntes: «Pero ¿cómo puede tener tanta paciencia?». Sí, porque si hay algo que Juan necesita, es paciencia. Sobre todo, con la gente del instituto.

Juan es adoptado, de origen vietnamita. Pero nunca ha estado en Vietnam. Y eso no impide que nuestros compañeros lo asciendan al cargo de «representante oficial de Asia entera». Ya sabemos que distinguir países no es el punto fuerte de todo el mundo, pero en nuestro instituto parece que alguien haya prohibido la geografía por ley.

El otro día, un compañero de clase, Martín, decidió iluminarnos con su sabiduría. Se giró hacia Juan y le preguntó:

–Ey, chino, ¿cómo se dice «hola» en tu idioma?

Un momento de silencio. Yo ya me estaba preparando para intervenir, pero Juan, que tiene un doctorado en aguantar a necios, simplemente sonrió y respondió:

–Primero: vietnamita, no chino. Y segundo: mi idioma es el mismo que el tuyo, Martín.

Pero, claro, Martín, que no tiene freno, insistió:

–¿Te molesta que os confundan? Si, total, en Asia sois todos iguales, ¿no?

Y Juan pasó del modo zen al modo «¡Se acabó la tontería!» y, con una mezcla de indignación y cansancio, le soltó:

–Martín, no me molesta que me confundan. Lo que me molesta es que todavía no hayas descubierto que Asia tiene más de cuarenta países. Cuarenta. Sí, son más que las películas de *Fast & Furious*. Sorprendente, ¿eh?



Yo, mientras tanto, ya estaba haciendo estiramientos con la lengua. No podía quedarme al margen. Así que miré a Martín y le solté:

—Martín, la inteligencia te persigue, pero tú eres más rápido.

Además de Martín, también está Vega, que piensa que cualquier cosa «diferente» es *supercool*. El otro día le dijo a Juan:

—Ay, Juan, qué suerte tienes de ser vietnamita. Seguro que haces rituales exóticos y comes insectos.

Y entonces Juan, con ese tono tranquilo que solo él sabe poner, le contestó:

—Sí, Vega, cada mañana hago un ritual: me levanto, desayuno magdalenas y voy al instituto. Si eso es exótico, tú debes de ser de otro planeta.

Así que, para todos aquellos que todavía no lo entienden: Juan sabe de dónde viene. Y si alguien no tiene claro dónde están Vietnam o la dignidad, no hay problema: él te lo explica. Con ironía. Y yo, como siempre, estaré a su lado, asegurándome de que nadie se atreva a discutirlo.

Juan ahora vive con su abuela María. Sus padres se han tenido que ir a trabajar al extranjero durante un año. Nada definitivo, solo temporal... Eso sí, vienen a visitarlo con frecuencia.

A mí, sinceramente, me parece un plan bastante interesante. Quiero decir, creo que a veces todo el mundo necesita un poco de espacio, ¿no? A mí me encantaría mandar a mis padres y a Gelito a algún lugar bien lejano. Solo por un año,



¿eh?, que nadie se asuste. ¿Un año sin Gelito gritando y sin mis padres discutiendo sobre el coche? Yo lo firmaría ahora mismo.

Juan lleva bien lo de tener a sus padres en la distancia. Cada día hace su videollamada, les cuenta cómo le va todo, finge que no los echa de menos..., aunque sé que sí. Es Juan, y él no es de quejarse mucho. Más bien, es del tipo que encuentra el equilibrio en todo, incluso cuando las cosas no son perfectas.

La casa de María es uno de mis lugares favoritos del mundo. Es como un refugio donde todo es más cálido y sencillo. Si hay alguien especial en mi vida –además de Juan– es María. Tiene todo lo que puedas imaginar: sabiduría, paciencia y un radar infalible para detectar cuándo alguien necesita un consejo. No llegué a conocer a mis abuelos. Mi padre es huérfano desde pequeño y los padres de mi madre murieron cuando yo acababa de nacer. Así que carecer de esa figura era lo normal para mí... hasta que llegó María.

Conversar con María sobre libros es una experiencia que todo el mundo debería vivir al menos una vez en la vida. Ella se ocupa del club de lectura del centro de la tercera edad con más entusiasmo que un *influencer* hablando de su marca de ropa favorita. Te habla de un libro con tanta pasión que te ves obligada a leerlo. Es una verdadera máquina de transmitir amor por la literatura. En nuestras conversaciones siempre hay de todo: ella me cuenta qué libros leen en el centro y yo le cuento cuáles nos hacen leer en el instituto.



Y cuando me extiende con alguna queja sobre la complejidad de ciertos textos, ella sonríe y dice:

—¿Es que todavía no te han enseñado que los libros difíciles son como las croquetas caseras? Al principio cuestan, pero al final vale la pena.

Porque si alguien sabe de croquetas, es ella. Las de María son legendarias. No exagero si os digo que hay personas que van al centro solo para intentar conseguir su receta. Pero María nunca la da. Dice que no es una cuestión de ingredientes, sino de paciencia.

A ver, no me malinterpretéis: yo, en casa, estoy genial. De verdad, ¿eh? Quiero decir, tengo unos padres que me quieren y un hermano, Gelito, que es..., bueno, un caso especial. Pero, claro, la vida familiar no es un anuncio de la tele. A veces pasa que necesito un poco de silencio, un lugar donde no tenga que competir por la atención. Un lugar donde no sea «Amaranta, la hermana de Gelito» o «Amaranta, la que siempre se queja de todo». Solo Amaranta. Yo.

Cuando el mundo me parece demasiado complicado, sé que puedo contar con María. Entro por la puerta, la veo con esa sonrisa tranquila y, de inmediato, parece que todo vaya mejor. Nunca nunca te hace sentir tonta por tener un mal día. Si le cuentas que un compañero de clase te ha hecho perder los nervios o que el profe de Matemáticas te carga de demasiados deberes, no te mira con cara de «Anda, niña, no es para tanto». No. María te escucha como si lo que dijeras fuera lo más importante del mundo. María es la abuela que nunca tuve, pero que siempre necesité.



Esta es mi gente. Con ellos todo fluye, todo encaja. Como dice la canción:

Hakuna matata,
vive y deja vivir.
Hakuna matata,
vive y sé feliz.

Y este es mi mundo. No es perfecto, pero es mío. Y, de alguna manera, creo que eso ya es suficiente.

1

MANUAL DE SUPERVIVENCIA PARA EL INSTITUTO

Hay lugares en el mundo donde la gente hace cosas importantes, como curar enfermedades o construir androides. Pero mi instituto no es uno de esos sitios. Aquí, la gran misión del día es sobrevivir sin hacer el ridículo o, peor aún, sin acabar en el perfil de Instagram de @RostrosOcultos, toda una pesadilla.

@RostrosOcultos era nuestro *Gran Hermano* particular, pero no uno cualquiera. Este era sarcástico, despiadado, y siempre tenía una cámara lista. Cada publicación era una foto comprometida de algún pobre desgraciado, acompañada de un texto que lo humillaba frente a toda la clase. Yo aún no había tenido el honor de estar ahí, pero sabía que mi suerte tenía fecha de caducidad. Porque, sinceramente, a mi día a día le gustaba jugar a fastidiarme. En nuestro instituto, los móviles estaban más prohibidos que comer Cheetos en la biblioteca. Alguien decidió que los dispositivos electrónicos eran la raíz de todos los males dentro de esas cuatro paredes: bajas calificaciones, distracciones en clase y, seguramente, hasta la plaga de moscas en el comedor.

Las normas estaban claras: móvil a la vista, móvil confiscado. Y no era ninguna broma. Si te pillaban, tenías que



presentarte en el despacho de la directora, pedir disculpas como si hubieras cometido un delito y esperar que tus padres no te condenaran a una vida sin tecnología. Pero lo peor no era el castigo ni las miradas condescendientes de los profesores. No. Lo peor no era estar desconectado. Lo peor era el vacío: que las notificaciones siguieran llegando, las conversaciones en el grupo continuaran como si nada, los memes explotaran en las *stories*..., y tú, sin móvil, sin enterarte de nada. Era como si hubieras desaparecido, como si nadie supiera si estabas castigada, abducida o simplemente atrapada en otra época, sin conexión y sin vida.

Pero, como ocurre con cualquier norma, siempre hay formas de esquivarla. En el instituto, la ley no escrita era esta: «Todo tiene una rendija y por ella entra el wifi». Todo el mundo tenía un sistema infalible para saltarse la prohibición. Algunos escondían el móvil en la carpeta con la destreza de un ilusionista. Otros usaban libros de texto como pantallas improvisadas, como si de repente fueran apasionados de la trigonometría. Los más osados llevaban dos móviles: uno viejo para que se lo confiscaran, y el verdadero, cuidadosamente oculto.

Yo no era la excepción. Tenía mi estrategia bien afinada: el móvil siempre escondido en una funda falsa de agenda escolar. La agenda estaba llena de notas aparentemente importantes, como «Estudiar» o «Entregar el ejercicio de mates», pero, en realidad, era una tapadera. Dentro, mi móvil vivía feliz y conectado al mundo exterior. Juan, sin embargo, jugaba en otra liga. No necesitaba



esconder el suyo porque tenía un as bajo la manga: su cámara.

Los baños eran el epicentro de la conexión clandestina. Siempre había alguien que fingía una emergencia menstrual o se inventaba misteriosos problemas estomacales, para, en realidad, revisar mensajes, enviar memes o ver vídeos en silencio con la discreción de un espía de película barata. Era algo tan descarado que me sorprendía que los profesores aún no hubieran pillado a nadie.

—Qué ironía —le dije a Juan mientras observábamos desde las escaleras cómo un grupo de estudiantes con sonrisa sospechosa desaparecía en el baño—. Todos se quejan de la prohibición, pero nadie puede vivir sin sus notificaciones.

—Es fascinante, la verdad —respondió él, enfocando la cámara para tomar una foto del patio—. Estamos todos enganchados y, a la vez, nos encanta burlar las normas. Es casi... artístico.

Quizá tener prohibido el uso del móvil no era tan malo. Al menos hacía que el día a día fuera un poco más emocionante. Eso sí, con discreción. Porque, si te pillaban, podías despedirte de tu vida digital. Y, sinceramente, eso sí que era una tragedia.

Aquella mañana, como casi todas las mañanas, pensé que la mejor opción habría sido quedarme en la cama. Pero no. Ahí estaba, con el brillo del sol iluminando las baldosas gastadas del patio, que, más que un lugar de esparcimiento, parecía el escenario de un documental de National Geographic: «Bienvenidos al fascinante mundo de la vida salvaje en un instituto cualquiera».